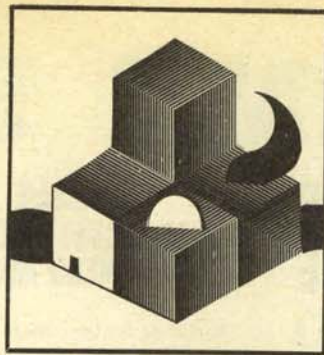


«SEX SHOP»

Aparte del regadío, de la renta «per cápita», de los moros y cristianos de Alcoy, de progresistas y conservadores, en la sagrada cuestión del sexo también hay dos Españas: la del braguero ortopédico y la de la potranca del anuncio de Terry, la de los calzoncillos largos de felpa y la de las medias hasta la cadera, la del ciclo preconciliar y la del fin de semana en Biarritz, la del navajazo en el hipocóndrio de la adúltera y la del «menage a trois» con un tío chepa, la de las enaguas almidonadas y la del braslip Ocean, la de la revista pornográfica de quinta mano y la del supositorio de marihuana. Esto no lo sabía Ganivet ni los llorones de la generación del 98, pero ahí está. Y como dice el adagio, una de las dos Españas ha de helarte el corazón.

Se está viendo venir el desmadre. Numanzia y Sagunto aparte, esta comunidad que habita al Sur de los accesos cerrados al túnel de Viella es una comunidad bastante mimética. Hay, desde luego, épocas de pan de serrín, de gasógeno fomentado con virutas de encina extremeña, de cante afarolado, defensor de las calidades de la raza desde tablados de «cabaret» que huelen a ajoaceite, pero en cuanto en los aledaños de Andorra se produce un deshielo, el Pirineo se convierte en un coladero. Comenzó la moda de las cafeterías. Y en un año se abrieron más cafeterías que en Norteamérica. Llegó eso del café-teatro. Y hay un par de ellos en cada calle. Dejaron los obispos y los guardajurados de vigilar el bikini. Y hoy se pone bikini hasta la abuelita Gertrudis.

Para ser un buen erótico no es preciso ser alto y rubio. Creo que un señor bajito y moreno que viva en Lavapiés, o una moza culibaja de la Barceloneta con un poco de buena voluntad también pueden estar preparados para el sexo. Hay una larga historia detrás de prácticas gimnás-



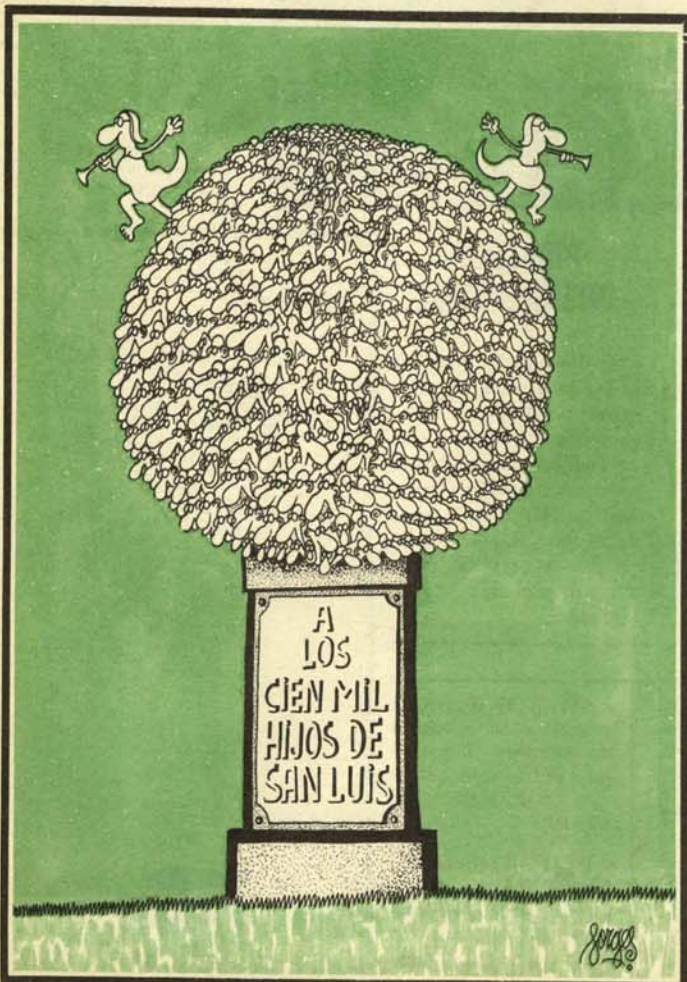
tico-orientales en las últimas butacas de los cines, de revolcones raciales en el pajar, de tormentos obsesivos contra las tapias de los cementerios, de furtivos desahogos en el «metro», de pecados en el rellano de la escalera. Se puede hacer una permuta. Este Kama-Sutra ibérico, después de un buen estudio de mercado, se podría exportar a esa Europa aburrida y devoradora de sensaciones distintas. Rápidamente se convertiría en la última novedad del Barrio Latino. Por otra parte, aquí ya estamos preparados para recibir el cruzado mágico, la «cassette» con chicas suecas, el besuqueo larguísimo de una pareja en un banco del Ayuntamiento junto a un jubilado que lee el «ABC», mira y no dice nada; el «weekend-sex» en Cuenca, el sado-maso de mulata con pintor vanguardista, de separación de lecho sin papeles de Vicaría; el suicidio, que sustituye la cuerda de esparto por el barbitúrico.

Para contrarrestar todo esto, los conservadores del viejo estilo podrían montar un «sex shop» con escaparate atiborrado de bragueros ortopédicos, de calzoncillos largos de felpa, de gorros de dormir de lana de merino, de cilicios preconciliares, de enaguas almidonadas y de cinturones de castidad trucados. Es una idea. Si no, lo nuestro se va al traste.

MANUEL VICENT



ANTES, DURANTE Y DESPUES DE BEBER LOS ALCOHOLES QUE SE ANUNCIAN EN LA TELEVISION ESPAÑOLA, PARA BIEN DE TODOS LOS HABITANTES DE NUESTRA PATRIA.



EL ORIGEN DE MI FORTUNA

Yo, para que voy a negarlo, debo toda mi fortuna a mi primer coche utilitario. A mi pequeño utilitario, que conservo con gran cariño en mi museo de coches. Algunas veces, para recordar viejos tiempos, abandono mi Jaguar particular, modelo GDLO (Genovevo de la O), dejo al chófer tomando el té y yo mismo conduzco por las calles donde la vida me enseñó a ser hombre.

Hasta entonces yo había sido un ser humilde y, según dicen, encantador. Mis padres me dieron una esmerada educación cívica, que yo aplicaba amorosamente a mi prójimo. Pero todo cambió en cuanto tuve que amar a mi prójimo desde dentro del utilitario. Yo, que a pie había sido incapaz de rozar a un transeúnte, en el volante me transformé en una fiera.

No fue culpa mía, lo confieso, sino de los conductores más expertos. Jamás imaginé que el egoísmo humano tuviese tales proporciones. Pasada la primera sorpresa, quizá por sobrevivir, me fui haciendo de la misma calaña de la jauría de egoístas que circula por nuestras ciudades, y llegué a admirar la hermosa grandeza wagneriana de la lucha. Acabé

por no respetar ni a mi padre, el de la esmerada educación cívica citada. Dejé de conducir para dedicarme a engañar, a confundir, a vencer, a aniquilar si era posible a los demás conductores, por los que sentía el odio y el desdén de un suboficial de las SS. Me hice hermosamente egoísta.

Gracias a Dios, fuera del coche continué siendo la misma persona. Engañaba a mis amigos, ultrajaba a los débiles, insultaba a mis rivales. Poco a poco, sin ninguna barrera moral que me lo impidiese, fui amasando la fortuna que utilicé para multiplicarla incesantemente y rebajar a los que se quedan atrás, detenidos en el disco rojo de la vida. Soy rico, y todo se lo debo al pequeño cochecito que me abrió los ojos y me enseñó a conocer el corazón de los hombres. En homenaje a sus enseñanzas, en toda mi cuadra de coches de pura raza mecánica he escrito, para que nunca se me olvide y llegue a languidecer mi energía creadora, la siguiente frase: "Recuerda Genovevo que el hombre es un coche para el hombre".

¡Y me va que da gloria verme!

GENOVEVO DE LA O

